SABATO, Hilda. "Citizenship. Political Participation and the Formation of the Public Sphere, 1850s-1880s". Princeton, 1991 (aun sin publicar).

NUEVOS RUMBOS EN LA HISTORIA SOCIAL EN ARGENTINA

Ricardo Falcón

(CONICET, Universidade Nacional de Rosario/Argentina)

En la década del ochenta se produjo en Argentina una importante renovación historiográfica en lo concerniente a diversos aspectos de la vida de los trabajadores. Este movimiento renovador significó, especialmente, una ampliación temática de envergadura: la vida cotidiana, la cultura del trabajo, la cuestión étnica, el mercado de trabajo, la mujer trabajadora, el mundo de lo simbólico, etc. Pero, además y este es quizás, lo más importante, está revelando nuevas formas de aproximación de los historiadores a su objeto de estudio.

Antes de considerar los principales aspectos de esa renovación historiográfica, aparece necesario ubicarla en el marco más amplio de la evolución de la actividad de los historiadores de lo social en Argentina en los últimos cien años. Más concretamente, nos interesa recordar algunos de los ejes salientes de lo que podríamos denominar "historiografía tradicional", para facilitar, luego, una dimensión comparativa¹.

LA "HISTORIOGRAFÍA TRADICIONAL"

Lo que denominamos "historiografía tradicional", a falta de una denominación mejor, cubre hegemonicamente el período que va desde

la última década del siglo XIX hasta los años sesenta del siglo XX. Dos son las principales manifestaciones de esa vertiente. En primer lugar, la más importante, es la "historia del movimiento obrero". En segundo lugar, encontramos una vasta y heterogénea producción literaria, generalmente "análisis coyunturales", que no tenían una premeditada intención historiográfica, pero que la adquieren "a posteriori" por su evidente valor testimonial.

La que más nos interesa considerar es la primera. Sus orígenes, como específica intención de hacer "historia del movimiento obrero" se remontan a fines del siglo XIX, cuando algunos militantes socialistas y anarquistas se propusieron la tarea de rescatar de olvido las primeras experiencias militantes que se remontaban a la década del setenta y particularmente el episodio protagonizado por los comuneros parisinos y otros exiliados europeos, que pusieron, efímeramente, en pie en Argentina secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores². Estos trabajadores ya marcaban una tendencia que se prolongaría y reforzaría en las décadas siguientes: la intención de situar la corriente político-ideológica que cada uno de esos "proto-historiadores" representaban en un rol "fundador" del movimiento obrero argentino.

En efecto, las "historias" del movimiento obrero que se producen en las décadas posteriores coinciden con la versión de algunas de las corrientes más representativas de la época. Tenemos así la versión de Jacinto Oddone, socialista, la de Sebastián Marotta, sindicalista y la de Diego Abad de Santillán, anarquista. Tardíamente, se agregaría a la lista el libro de Alberto Belloni, que se postularía como la primera versión de la historia del movimiento obrero argentino, desde el ángulo de la "izquierda nacional" próxima al peronismo³.

Estas versiones son el producto de "historiadores militantes" que no sólo están interesados en dirimir cuestiones políticas e ideológicas pendientes del pasado, pero que repercutían en el tiempo en que escribían, sino, a veces también, hacer "ajustes de cuenta" personales, en la medida que todos ellos habían sido protagonistas privilegiados de los hechos que historiaban.

Esa producción de "historiadores militantes", tenía en consecuencia varias características salientes. En primer lugar, presentaba siempre un carácter polémico. En segundo lugar, gran parte del

esfuerzo literario estaba destinado a destacar los "hechos heroicos" de la clase obrera y por lo tanto "el acontecimiento", es decir, las huelgas, las represiones violentas, los congresos en la clandestinidad, adquirían una dimensión importante. En tercer lugar, los animaba la convicción que la clase obrera era "objetivamente revolucionaria" y por lo tanto sus fracasos sólo podían ser explicados en términos de "errores" o "traiciones". "Error" si se trataba de hacer el balance de las propias filas. "Traición" si se trataba de analizar las orientaciones de las otras corrientes político-sindicales. En consecuencia, en cuarto lugar, el contexto más amplio de lo socio-económico y lo cultural, era generalmente soslayado y ocupaba en las interpretaciones lugares secundarios, muchas veces reducidos a series salariales relacionadas con índices huelguísticos.

En conclusión, esa vertiente de la "historiografía tradicional" se presentaba como una historia eminentemente *político-fáctica*.

La segunda vertiente, la de valor testimonial, está compuesta por los escritos de médicos-higienistas, abogados-laboralistas, economistas e informes solicitados por las autoridades sobre a la situación de las clases "obreras" con vistas a producir reformas legislativas. Ambas vertientes, no obstante sus limitaciones, siguen constituyendo para nosotros fuentes de gran valor testimonial.

LA PRIMERA "OLEADA" RENOVADORA.

En los años sesenta y setenta se produjo la primera renovación historiográfica de importancia. Paradójicamente, este impulso no procedió, específicamente, del campo de la historia, sino que sus principales protagonistas fueron universitarios de otras disciplinas, particularmente sociólogos. Esto ya marcaba una primera diferencia: quienes ahora hacían estudios con explícita intención de historiar — aunque no fueron profesionalmente historiadores — eran graduados universitarios dotados de herramientas heurísticas que les facilitaban un mayor rigor metodológico respecto a los "pioneros".

Los temas preferenciales de esta "oleada" eran varios: por un lado una preocupación por la relación entre el movimiento obrero y el peronismo, revelada, entre otros, por el célebre trabajo de Murmis y

Portantiero⁴, en segundo lugar, una abundancia de estudios sobre cuestiones vinculadas con la inmigración y sus aspectos económicos, políticos y sociales, entre los cuales recordamos los de Gustavo Beyhau, Roberto Cortes Conde, Torcuato Di Tella, etc.⁵, y finalmente, otros más directamente vinculados con la historia política del movimiento obrero, pero que se diferenciaban de los más tradicionales por su rigor, aunque no estaban exentos de cierta preocupación ideológica de raíces previas, que los llevaba a buscar en los orígenes del movimiento obrero antecedentes de "acción directa" que se compatibilizarán con el tipo de movimiento sindical "clasista" que se desarrollaba en esos años, tal como lo testimonian entre muchos otros, los de Hugo del Campo y Julio Godio⁶.

La primera de las conclusiones que podemos extraer de esa primera renovación historiográfica, que significó, por lo menos en varios grados, una ruptura con la tradicional "historia" del movimiento obrero, es la aparición en el campo del quehacer histórico respecto a la vida de los trabajadores de la figura del "historiador-intelectual", ahora no sólo con intención coyuntural como en el período anterior sino dotado de una intención más específica de "hacer historia".

La segunda conclusión que nos surge, se refiere a la aparición de nuevas formas de relación entre "el intelectual y la política" en el caso argentino. Es evidente que abordar plenamente este tema requeriría un análisis que escapa al que es posible en estas páginas. No obstante, creemos posibles hacer tres observaciones que se corresponden con las características que hemos señalado como centrales para esa "oleada" renovadora en materia historiográfica. En primer lugar, es evidente que la dominante preocupación de los años sesenta y setenta, por estudiar los fenómenos vinculados con el movimiento obrero y los orígenes del peronismo, estaban, de una o otra manera, vinculados con los avatares políticos de la época, donde el peronismo, todavía proscripto y susceptible de evoluciones ideológicas impensadas hasta entonces, constituía para los intelectuales una incógnita a develar. En segundo lugar, es evidente que la contemporánea "vuelta a los orígenes" respondía a la preocupación por dar respuestas al tipo de movimiento sindical contestatario que se daba en Argentina en la segunda mitad de los años sesenta y en la primera de los setenta y que estaba señalando también formas inéditas de relación entre unos y el

otro. En tercer lugar, la notoria presencia de los sociólogos en la actividad histórica era, en realidad, una expresión de un fenómeno más amplio, caracterizado por su aparición más vasta en el campo de lo político, como lo testimonian diversas experiencias latinoamericanas. Puede afirmarse que esta aparición interdisciplinaria de los sociólogos — como la más o menos equivalente de los psicólogos y más tardíamente de los licenciados e doctorados en economía — tendía a reemplazar a un tipo más tradicional del "intelectual vinculado a lo político". En efecto, los títulos que tradicionalmente "habilitaban" para una iniciación a la carrera política o para una intervención en ella desde el campo de lo intelectual eran los de abogado, médico y contador, reemplazado éste último, a veces, en el campo de la economía, por el abogado estudioso o por el ingeniero. En última instancia, se puede decir que el surgimiento de estos nuevos roles de los años sesenta y setenta, era, hasta cierto punto, efecto de la "modernización interrumpida" de la puesta en marcha de los proyectos desarrollistas, que terminaron por arrojar al campo "de la contestación" a las nuevas figuras de intelectual que habían coadyuvado a crear. Estos nuevos graduados universitarios se sentían aptos tanto como para intervenir en política como, al mismo tiempo, para buscar en la historia las ansiadas legitimaciones a sus proyectos políticos. Mientras tanto, la figura del "historiador profesional" seguía semi-ausente, representada, sólo parcialmente, por prolongaciones de la historia tradicional, a través de algunos profesores o de abogados con buenas bibliotecas. Esto que es fundamentalmente cierto para la historia social, lo es menos para otros segmentos, en los cuales, ya en la época, algunos entonces jóvenes historiadores estaban desarrollando una labor importante.

En conclusión: la renovación historiográfica que se produce en los años sesenta y setenta, se caracteriza por su mayor rigor metodológico, pero no aparece exenta de cierta preocupación ideológica-legitimadora respecto a la historia, que la seguía emparentado, al menos en algunos de sus segmentos, con la historiografía tradicional del movimiento obrero, pese que sus aportes de conjunto fueron fundamentales y formadores de la siguiente generación de historiadores.

LA NUEVA "OLEADA" HISTORIOGRÁFICA

La renovación de la cual hemos hecho mención que eclosiona en el comienzo de la década del ochenta — y más notoriamente desde la instauración de un gobierno democrático — tiene, en realidad sus raíces en la segunda década de los años setenta, durante el período de los gobiernos militares. Y ese proceso "acumulativo" de la explosión historiográfica posterior se dio tanto en el "interior" con los historiadores que quedaron en el país, como con los que emigraron.

Hay pocas dudas que hubo algunas fuentes inspiradoras fundamentales que facilitaron esa profunda renovación que se verificó en esos años. La más notoria y la que más tempranamente hizo su impacto, es la que se emparentaba con las producciones intelectuales de lo que, globalmente, podríamos denominar "nueva escuela historiográfica inglesa", entre las cuales sobresalen los nombres de E.P. Thompson y Eric Hobsbawm o Stedman Jones. Sin dudas, ha sido *"The making of the english working class"* el texto que más fuertemente impactó a los historiadores argentinos que de una o otra manera se preocupaban por la historia de los trabajadores.

La repercusión de esta "influencia" es hartamente visible en la introducción de las nociones de "cultura", en la concepción de la lucha de clases, como en la propia idea del proceso de formación de las clases, en la apertura de temas hasta entonces no explorados, etc. Debe decirse que en los temas conexos con la historia de los trabajadores, como mercado de trabajo, espacios políticos, cuestión étnica, vida cotidiana, etc., fueron variadas las fuentes "inspiradoras".

Pero muy probablemente después de Thompson y la nueva historiografía inglesa, el impacto mayor, aunque sus repercusiones sólo se fueron manifestando a medida que avanzaba la década del ochenta, procedió de la obra de Michel Foucault y sus seguidores. El "descentramiento" de preocupaciones fundamentales que generaba la producción intelectual de Foucault contribuyó también a la apertura de nuevos enfoques y de nuevos temas. En algunos casos, este aporte incidió directamente en historiadores cuyo eje era la historia social, pero en otros su incidencia fue más vasta, alcanzando a los historiadores del psicoanálisis, del urbanismo, de las ideas etc. Los hospitales, las cárceles, los reformatorios, la cuestión del orden, los "saberes y

poderes" que surgían en diversos espacios sociales, la admisión que la cuestión del poder no sólo se restringía al rol del Estado, la influencia de los "discursos", etc., fueron algunos de los campos nuevos que abrió la influencia "foucaultiana". De cierta manera, la repercusión de *"Vigilar y castigar"* es comparable a la de *"The making..."*

Esta gama heterogénea de diversas "influencias" con dominio preferencial "thompsoniano-foucaultiano", sumadas a otros aportes de diversos signos, produjeron, de conjunto, importante renovación, que dio lugar a una de las producciones en materia de historia social más fuertes del siglo.

Este heterogéneo y "no coordinado" movimiento renovador registra numerosos autores, de los cuales podemos recordar solamente algunos que ahora nos interesan y siempre con el riesgo de cometer algunos olvidos "flagrantes". La ampliación de la historia de los trabajadores a los temas del consumo, las condiciones de vida, fue uno de los primeros aportes que se produjeron, en el cual sobresalen los nombres de Leandro Gutierrez, en una visión con mayores pretensiones de globalidad y Juan Suriano, en lo que concierne a la vivienda, para Buenos Aires y Diego Armus y Jorge Hardoy, para esa ciudad y la de Rosario, y Agustina Prieto que hizo significativas contribuciones a la historia de las condiciones de vida de los trabajadores en Rosario⁷.

Las condiciones de trabajo y la cultura del trabajo, temas postergados en la historiografía tradicional e incluso en las primeras renovaciones historiográficas de los años sesenta, estuvieron también presentes en la nueva "oleada" a través de las contribuciones que hemos, personalmente, intentado hacer y los trabajos de Mirta Lobato, centrados particularmente en el trabajo femenino⁸.

Luis Alberto Romero y Leandro Gutierrez, y también Ricardo Gonzalez, para Buenos Aires, como Alicia Megias para Rosario, especialmente los dos primeros por el volumen de su producción, hicieron aportes importantes en el aspecto que podríamos denominar "socio-cultural" que tuvieron un rol pionero y que abrieron nuevos temas vinculados con la "sociabilidad", las sociedades de socorros mutuos, las bibliotecas populares, etc.⁹

En temas "conexos" y también vinculados con "lo social", se destacan los estudios de Hilda Sabato, por un lado referidos al mercado de trabajo en la provincia de Buenos Aires y por otro lado dedicados al surgimiento del "espacio público" que no dejan de rozar los temas que nos ocupan y que no están exentos de revelar una cierta influencia "habermasiana", que puede ser ejemplificadora de lo que hemos denominado "fuentes inspiradoras diversas"¹⁰. Otro de los temas, también en el campo de lo "conexo", que vivió avances de importancia en la década de los ochenta fue el de la inmigración y el de la muy vecina "cuestión étnica", que tuvo en Fernando Devoto a uno de sus autores más prolíficos¹¹. Más directamente vinculados a la historia del movimiento obrero, aunque también co-lindantes con ese mundo difuso de "lo conexo", son los significativos trabajos de Dora Barrancos, que inaugura temas poco frecuentes en la historiografía argentina tales como la educación, la sexualidad y las representaciones simbólicas acerca de la vida y la muerte¹².

También la historia "política" del movimiento obrero fue partícipe de ese movimiento renovador. Edgardo Bilsky, Ricardo Falcón, Víctor García Costa, Emilio Corbiere y otros produjeron trabajos que aportaban nueva documentación y en algunos casos nuevos enfoques¹³. Pero, todavía, fue el tema del peronismo el que mereció las mayores atenciones, muchas de ellas incluidas en la compilación de Juan Carlos Torres¹⁴. Por su parte, Daniel James ha dado lugar a dos producciones significativas. Una de ellas, referida a la interpretación del 17 de octubre de 1945 — jornada de especial importancia en la gestación del fenómeno peronista — tiene la particularidad de incluir un análisis de indudable — y además explícita — inspiración thompsoniana que supone un doble aporte: el de incorporar la dimensión "cultural" en forma complementaria al análisis "estructural" y el de inmiscuirse en la historia obrera del interior del país, al atacar los casos de Rosario y La Plata, que como otros del interior, hoy están siendo estudiados por otros historiadores, tales como Dario Macor, para Santa Fé y Cesar Cacth, para Córdoba¹⁵. Otro aporte importante para el período peronista ha sido el de Hugo del Campo, y en lo que concierne a la década del treinta no puede soslayarse el libro de Iroshi Matsushita.¹⁶

No hay dudas que también la historiografía "política" del movimiento obrero en los años ochenta fue portadora de un avance significativo, en la medida que era superadora de "la tradicional" por su rigor metodológico, con lo cual se equiparaba con la "oleada" de los sesenta, pero que aparecía superadora de ambas en al medida que no se presentaba esencialmente preocupada por fundar "el sujeto histórico". Es cierto, de todas maneras, que la variedad de matices ideológicos que ostentaban esos autores admitía una gama de interpretaciones que en algunos casos extremos parecen desmentir esa afirmación.

Además, es evidente — lo que no deja de ser legítimo, dada la necesidad de la especialización — que en la mayoría de los casos estos aportes sustanciales en el terreno de la historia política no tendían a establecer vinculaciones interpretativas con el campo de lo "socio-cultural". Una excepción — ya se ha dicho — es la de Daniel James.

Si entramos en el terreno más específico de los aportes de inspiración foucaultiana — en grados diversos, es cierto — encontramos un heterogéneo conjunto de producciones que detentan posiciones diferentes frente a la historia de los trabajadores, es decir algunas tienen una intención específica que sólo la roza y otras se sitúan más cercanamente a ese centro de interés. Vamos a tomar, entre otros posibles, cinco ejemplos, que revelan ciertas "inspiraciones" originadas en la obra de Michel Foucault.

En primer lugar, y por orden de aparición, tenemos los trabajos de Oscar Terán. Si su inspiración de raíz foucaultiana es claramente visible en su sólida introducción a una antología de José Ingenieros, también puede encontrarse en su aguda percepción del rol del positivismo en la "generación del ochenta" y en el proceso de conformación del Estado-Nación de matriz "oligárquica"¹⁷. Y aquí, sobresale, en particular, su análisis sobre el rol limitador y regulador de la "educación popular".

Ya en otro orden disciplinario encontramos el estudio de Hugo Vezzetti que aborda la "historia de la locura" en la Argentina y que reconoce una cierta herencia foucaultiana¹⁸. También los estudios que Diego Armus realizó sobre la salud de los sectores populares en Rosario y en especial sobre la tuberculosis, revelan una impronta similar. En otro campo, aunque vecino, Francisco Liernur, revela

también una cierta familiaridad con textos foucaultianos en sus trabajos de investigación sobre la vivienda¹⁹.

Finalmente, algunos de nuestros propios trabajos individuales y especialmente el que hemos hecho sobre la significación contestaria simbólica del carnaval en Rosario y quizás también los realizados en colaboración con Agustina Prieto y Alicia Megías sobre la cuestión del orden en esa ciudad en la segunda mitad del siglo XIX, pueden ser parcialmente incluidos en una afiliación en algún punto foucaultiana, particularmente con el Foucault post-68, más preocupado por las prácticas "no-discursivas" y por la cuestión del poder²⁰.

El no querer excluirnos de este breve y parcial recorrido historiográfico — lo contrario hubiera resultado sospechoso — nos ha llevado a mencionar algunos de los trabajos realizados sobre Rosario. Esto nos remite a una cuestión de mayor amplitud: el desarrollo de una serie de investigaciones sobre los trabajadores y los sectores populares en el interior del país, lo que constituye, sin duda, otro de los aportes notables de la "oleada" renovadora a la que estamos haciendo referencia.

En efecto, la renovación no sólo se dio en materia de enfoques teóricos y en materia de temas nuevos, si no también en la amplitud geográfica. En los últimos ocho años hemos asistido a una descentralización significativa de la investigación histórica, hoy menos afincada en Buenos Aires que en períodos anteriores. De alguna manera puede decirse que durante mucho tiempo "la historia" del movimiento obrero y los sectores populares en Argentina era identificada con las versiones que se elaboraban sobre los fenómenos sociales que habían acontecido en Buenos Aires. Seguramente, una de las consecuencias de la actual producción histórica es que habrá que "re-escribir" muchos de los episodios para arribar a una verdadera "historia nacional".

Es verdad que este "federalismo" informal de la actual producción historiográfica responde a una multiplicidad de causas explicadoras, pero el desentrañamiento de fondo de este fenómeno escapa a nuestras intenciones y posibilidades en esta exposición. No obstante, fenómenos tales como la periódica realización de Jornadas Inter-Escuelas de Historia de nivel nacional, aunque no totalmente explicativos son ejemplificativos de las implicaciones del actual

proceso de diversificación geográfica. De cierta forma, este tipo de eventos se corresponde con lo que en uno de los momentos iniciales del proceso actual, denominábamos como la necesidad de generar instancias de "socialización" del debate y de los resultados de investigación, en noviembre de 1984 en la revista del CEDES, de Buenos Aires.

Y esto se puede verificar en el hecho que en los últimos años, algunas Escuelas o Departamentos de Historia, tradicionalmente tributarios de Buenos Aires, han adquirido luz propia, como lo ilustran los casos de Tandil, Luján, Mar del Plata, Santa Fe y en menor medida, Rosario y Córdoba, que reconocen una tradición autónoma más antigua.

Aunque este conjunto de Universidades del Interior ha revelado producciones dignas de ser incluídas en la "oleada renovadora" de los años ochenta, son posiblemente Rosario y Córdoba los que han dado mayores pruebas de preocupación por la investigación en la historia de los trabajadores y los sectores populares y esto, probablemente, debido a la ya mencionada mayor tradición anterior que exhibían. Ya hemos mencionado algunas — y sin ninguna duda no todas — de las producciones recientes que se han hecho desde Rosario; señalemos, ahora, algunas — y sólo algunas — de las que se hacen desde Córdoba, entre las cuales sobresale el rol de Ofelia Pinetto y de Mónica Gordillo, en lo que concierne, en este último caso, a los jóvenes historiadores del movimiento obrero²¹.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La primera de las conclusiones a las cuales podemos arribar, es que el quehacer histórico con pretensión de profesionalidad ha adquirido en los últimos años — por lo menos en lo que concierne a los trabajadores y los sectores populares urbanos — un cierto perfil definido, que supone un previo proceso que ha concluido en algunos grados significativos de una doble independencia. Por un lado, se emancipó de una historia-militante directamente tutelada de los avatares de la política y por otro, ha logrado un espacio propio en lo que — paradójicamente — es su "lugar natural", la investigación

histórica, rompiendo, en este sentido, los lazos de una segunda tutela, la que habfan tejido "las disciplinas avanzadas de los años sesenta".

Esto, para quienes hemos hecho de la actividad de historiar no sólo un compromiso sino también una profesión, supone no sólo un halago, resultado de algunos pasos de emancipación y de especificidad, sino también un profundo interrogante. Ahora, quizás, por primera vez en Argentina, estamos en la mira de "todo el mundo" y en consecuencia en pocos años estaremos obligados a rendir cuentas y aunque no lo sepamos, quizás también, nos comprenden "las generales de la ley" y en los balances historiográficos de los próximos diez años figuremos — hegelianamente hablando — como la "negación" que es superada por una nueva "afirmación". Probablemente, esta posibilidad no debiera inquietarnos en la medida que existen lazos indelebiles entre la indagación del pasado y el "presente" desde el cual se la formula y en consecuencia, los historiadores estamos obligados a admitir la inevitable perennidad — y hasta, a veces, efimeridad — de nuestra producción: la historia siempre se rehace.

La segunda de las conclusiones que nos aparecen necesarias, es la de reconocer la existencia de una multiplicidad de fuentes "inspiradoras" signadas por una amplia diversidad ideológica. Frente a una fuerte tendencia "unicista" y "dogmática", hoy asistimos a un reverdecer de un renovado tipo de "eclecticismo". Durante mucho tiempo, Marx — de privilegiada preferencia — o Bakunin, o Sorel, para las nuevas generaciones de historiadores, fueron las fuentes casi únicas. Hoy, la "vieja" ortodoxia parece rendirse, parcialmente, frente al empuje de una nueva heterodoxia, que por ahora se sigue mostrando pujante. Al lado de los "clásicos" que siguen, en alguna medida, sobreviviendo en las listas bibliográficas, y de los que fueron durante buena parte del siglo XX los custodios de la fidelidad a la ortodoxia, hoy se mezclan los nombres de Foucault, Thompson, Hobsbawm, Habermas, Rude, etc.

La tercera de las conclusiones, está vinculada al fin o al menos a la fuerte declinación de un tipo de historia que reconocía un "sujeto privilegiado", el proletariado y sus "naturales" roles revolucionarios y emancipadores del conjunto de la sociedad y que en consecuencia se volcaba en el plano historiográfico bajo el rótulo preferencial de "historia del movimiento obrero", que como dijimos era eminen-

temente "fáctico-política" y esto, como veremos, no por casualidad. Por lo tanto, si bien los "trabajadores" siguen siendo uno de los objetos preferenciales de la actual producción historiográfica, es evidente que se ha producido una "descentralización del sujeto", sino directamente una "multiplicación de los sujetos". El concepto de "sectores populares" — todas ambigüedades admitidas — parece corresponderse mejor que las viejas denominaciones para algunos períodos de la historia argentina, sobre todo para aquellos más lejanos en el tiempo, en los cuales los grados de estructuración capitalista de la sociedad eran todavía escasos y en consecuencia la indiferenciación social todavía fuerte desde un punto de vista de clases.

Además, ahora los obreros rurales, los "obreros" de sectores no industriales, las mujeres de origen proletario pero no directamente insertas en el proceso productivo, los menores, los "marginales" en general, aparecen también como tema frecuente de las investigaciones en curso. También, como ya esbozamos en la introducción, los temas de estudio se multiplican y viejos temas soslayados parecen cobrar una inédita vigencia.

La cuarta conclusión y que mantiene estrecha vinculación con las anteriores nos dice de una relativa modificación del rol preponderante del historiador. La historia de lo social pierde en la nueva etapa una parte sustancial de rol legitimador de las políticas presentes que explícita o implícitamente se le atribuye en etapas anteriores. Lo puramente cognoscitivo adquiere un papel de mayor relevancia, al mismo tiempo que no desconoce que la indagación del pasado constituye un elemento fundamental para la "comprensión del presente" y quizás para la elaboración de — limitadas — visiones del futuro.

En quinto lugar y yendo ya en forma más directa a los aspectos "académicos" de la cuestión, podemos observar en la nueva renovación una importante apertura multidisciplinaria que es un producto de los nuevos enfoques y de los nuevos objetos de estudio. Arquitectos preocupados por la evolución de "lo urbano"; filósofos centrados en la historia de las ideas; abogados motivados por el estudio de la parte jurídica de la cuestión laboral, lingüistas atraídos por "los discursos", etc, comparten junto "al verdadero historiador" la común preocupación por la indagación del pasado.

En sexto, es visible, también, la ya referida descentralización de los temas de investigación. Ya no más la historia "argentina" es la historia de Buenos Aires. La "multiplicación de los sujetos", la revalorización de los roles de la vida cotidiana, introducen la "historia local", la de la ciudad, la del barrio, la de la aldea, como un factor fundamental para la actividad de historiar.

Estas seis conclusiones nos remiten, de conjunto, a un problema que, paulatinamente hemos intentado explicitar, constituye uno de los de mayor envergadura: la relación entre el intelectual y lo político. De fondo lo que ha entrado en crisis es una determinada concepción del "intelectual", generalmente identificada con el "intelectual de izquierda", figura que mucho más frecuentemente que otras aparecía vinculada con la historia del movimiento obrero. Esto aparece más típico para el escenario europeo, en la medida que el "intelectual de izquierda", promovido indudablemente por el fenómeno de la revolución rusa y sus repercusiones, contribuyó notablemente a su proyección — no única — pero sí hegemónica durante muchos años. Sin embargo en América Latina y también en Argentina, este modelo de intelectual, aunque a veces trasvestido bajo los ropajes del intelectual "nacionalista", "progresista", "antiimperialista" o "democrático", adquiría una importancia fundamental, que ocultaba, apenas, la figura "transportada" del "viejo" intelectual leninista dotado de la poderosa facultad de "atribuir conciencias" — incluso en grados o niveles — y que, necesariamente, aparecía como un "actor directo" en el proceso emancipador y la adquiría de tal manera, que, a veces, no podía sacudirse del todo la sospecha de pretensiones "substitutivas".

Hoy, este rol se ha ido paulatinamente esfumado y en consecuencia, parecen irse conformando nuevas formas relacionales entre el intelectual y lo político, que de una o otra manera tienden a reflejarse en el plano de la producción intelectual y especialmente — en lo que nos concierne — en la función del historiador de "lo social".

De conjunto, puede afirmarse que la "renovación historiográfica" de los años ochenta ha dado frutos positivos. Sin embargo, esos avances son susceptibles de generar nuevos problemas. Uno de ellos y quizás no de los menores, es el relacionado con la relativa pérdida de la dimensión global de lo político — y más explícitamente de lo "estatal" en muchos de los nuevos aportes. Y si nos referimos

específicamente a Michel Foucault, es posible que este sea uno de los terrenos en los cuales se evidencien más claramente algunas de las falencias que pueden proceder de adaptar sin "beneficio de inventatio" la teoría del nuevo profeta. Esto nos inclina a preconizar un "eclectismo militante", que tome de cada postulación histórica-teórica lo que se considere mejor, sin generar nuevos dogmatismos.

NOTAS

- 1 Algunos de los conceptos de este trabajo se encuentran parcialmente anticipados en nuestro artículo "Problemas teóricos y metodológicos en la historia del movimiento obrero argentino", en *Trabajadores y sindicatos en América Latina*. Montevideo: CLAEH, 1989.
- 2 INGENIEROS, José. *Almanaque socialista para 1899*. Buenos Aires: 1898.
- 3 MAROTTA, Sebastián. *El movimiento sindical argentino*. Buenos Aires: Libera, 1976 (2ª edición); ODDONE, Jacinto, *Historia del socialismo argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia, 1934; ABAD de SANTILAN, Diego. *El movimiento anarquista en la Argentina*. Buenos Aires: Argonauta, 1930.
- 4 MURMIS, M. y PORTANTIERO, J.C. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1974.
- 5 DI TELLA, T. (y otros). *Argentina: sociedad de masas*. Buenos Aires: EUDEBA, 1965.
- 6 DEL CAMPO, Hugo. *De la FORA a la CGT*. Buenos Aires: CEAL, 1973 y GODIO, Julio. *Historia del movimiento obrero argentino*. Buenos Aires: Tiempo Argentino, 1973.
- 7 Véase, Problemas teóricos y metodológicos... loc. cit.

8 FALCÓN, Ricardo. *El mundo del trabajo urbano*. Buenos Aires: CEAL, 1986.

9 Véase "Problemas teóricos y metodológicos ..." loc. cit.

10 Ibidem

11 Ibidem

12 BARRANCOS, Dora "Anarquismo y sexualidad", en ARMUS, Diego (comp.). *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires: Sudamericana, 1990.

13 Véase "Problemas teóricos y metodológicos..." loc. cit.

14 TORRES, Juan Carlos, (comp.). *La formación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires: Legasa, 1988.

15 MACOR, Dario y PIAZESSI, Susana. "Las jornadas de octubre de 1945 en Santa Fé" en *Boletín de Historia del FEPAL*. Buenos Aires: Sudamericana, 1991.

16 DEL CAMPO, Hugo. *Sindicalismo y peronismo*. Buenos Aires: CLACSO, 1983; y MATSUSHITA, Hiroshi. *Movimiento obrero argentino*. Buenos Aires: Hispamerica, 1986.

17 TERAN, Oscar. *Antimperialismo y nación*. México: Siglo XXI, 1978; y *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: 1986.

18 VEZZETTI, Hugo. "*Historia de la locura en Argentina*". Buenos Aires: Paidós, 1985.

19 ARMUS, Diego, "Enfermedad, ambiente urbano e higiene social. Rosario entre fines del siglo XIX y comienzos del XX" en *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires: IBASCO, 1984.

20 FALCÓN, Ricardo; PRIETO, Agustina y MEGIAS, Alicia. "Un orden y una moral para Rosario", *CURENA*. Rosario: CONICET, 1987.

21 Véase "Problemas teóricos y metodológicos..." loc. cit.